

## *Algo sobre la vocación y las tribulaciones literarias de Doña Emilia Pardo Bazán*

Pocas veces se ha dado vocación tan temprana y categórica por las letras como aquélla de que es ejemplo doña Emilia Pardo Bazán.

He aquí lo rememorado de su infancia por la propia escritora, testigo irremplazable para datos de tal naturaleza: "De mi niñez, lo único que le puedo decir a usted es que a los seis años leía el "Quijote" asiduamente... Yo no recuerdo haber pasado en mi vida un día sin leer, y cuando por curiosidad lo indago, preguntándoselo a mi madre, tampoco ella lo recuerda; puede ser que a los tres años leyese. De pequeña, mi adoración era la "Biblia"... ¡Oh! Yo escribí versos desde muy niña; ahora bien: nunca me hice ilusiones de ser poeta..." (1).

Así, pues, las letras atraen a la Pardo Bazán desde sus primeros años, y la impulsan por igual a leer y a escribir, a pasar la línea divisoria que separa a las mujeres desinteresadamente cultas de las literatas. Mientras con las primeras se suele ser deferente, con las otras no es raro que los contemporáneos y compatriotas se muestren enconados.

Sería fácil llenar libros con lo que se ha dicho contra las escritoras, las "bas-bleus", como se les llama en Francia. Y por supuesto, que no se trataría de lo que haya podido pronunciarse contra la labor personal, el mérito estético de los libros de las literatas — lo cual en nada las diferenciaría de los hombres con igual oficio — sino que el material abundante prometido se compondría de lo fulminado contra las mujeres por el mero hecho de escribir y publicar sus escritos, tal como lo hacen los hombres.

"Las mujeres que escriben incurren en dos errores: aumentan el número de los escritores y disminuyen el de las mujeres...", "El que ama a una escritora demuestra tener gustos contra la naturaleza", etc., etc.

Pese a la notable serie de mujeres escritoras con que cuenta la

---

(1) El Caballero Audaz, Lo que sé por mí, t. I, ps. 151-152.

literatura española, es evidente que la patria de doña Emilia no era el medio más hospitalario para una vocación femenina de esa índole.

Verdad que el mismo siglo XIX, en el que debuta y dentro del cual se desenvuelve la casi total actividad intelectual de la Pardo Bazán, conoció a escritoras como Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero), Gertrudis Gómez de Avellaneda, Concepción Arenal, Rosalía de Castro y algunas otras de menor notoriedad.

Pero ninguna de ellas produjo con la abundancia, la persistencia, ni tan directamente en competencia con los varones de igual oficio, como lo hace la polígrafa gallega.

Pudiera recordarse, además, que ninguna de las antes citadas chocó en igual medida con los prejuicios intelectuales y sociales del medio en que le correspondió actuar.

El realismo costumbrista y moralizador de Fernán Caballero podía avenirse perfectamente con la sociedad en que vivía.

Si doña Concepción Arenal tenía la humorada de vestirse como un hombre, doña Emilia entendía poseer el derecho de pensar y de proceder como tal.

Escuchémosla: "... Yo soy una radical feminista. Creo que todos los derechos que tiene el hombre debe tenerlos la mujer, se entiende, todos los compatibles con su estructura física; y es más, creo que hay una relación directísima entre los derechos y privilegios concedidos a la mujer y el estado de cultura de las naciones" (2).

Por su talento literario y por su situación social, esta singular personalidad figuró entre los más grandes escritores y consiguió destacar en la alta sociedad de su país.

Posición difícil de conciliar en aquellos días.

Baroja recordaba, en estos tiempos, que la desdicha parece cosa inherente al destino del escritor español. Y Larra, un siglo antes, comparaba con desabrimiento, la desigual consideración social que se tenía por el literato en España y en Francia.

Al escritor que no era un gran señor por el nacimiento, las letras españolas, durante el siglo XIX, jamás le convirtieron en gran señor. Para alternar con los grandes de entonces, más convenía ser torero que ser literato.

La bohemia y la pobreza solían ser los carriles sobre los cuales corrían a su destino los escritores españoles.

En ningún país se ha tendido más a menudo la lira con la actitud suplicante de quienes piden limosna.

Las costumbres literarias no se distinguían por el exceso de cortesía: "En cualquier otra profesión — escribe Zeda — hay emulaciones más o menos nobles, odios y envidias... En la democrática república de nuestras letras, aquellas pasiones suelen combinarse con una grosería verdaderamente tabernaria" (3).

(2) El Caballero Audaz, Lo que sé por mí, t. I, p. 154.

(3) Zeda, A Manera de Prólogo, en E. Pardo, Lecciones de Literatura, ps. 5-6.

Más que esas declaraciones, que pudieran ser hijas de la exageración o de una hiperestesia personal, nos parecen significativas actitudes como la de Tamayo y Baus, el cual estrenó sus últimas obras como ajenas e insistiendo en que no le pertenecían, en que él sólo se ocupaba de ellas por delegación del verdadero autor, cierto señor Estébanez, cuyos poderes notariales exhibía con ahinco.

Que un dramaturgo célebre, el más prestigioso de su época, recurra a procedimientos de encubrimiento, como el descripto, he aquí lo que nos parece característico de lo que las costumbres podían ofrecer de inhospitalario para las letras y los literatos.

¿Qué no ocurriría, cuando se trataba de una mujer — fuera cual fuese su alcurnia — y se la veía incurrir en audacias de expresión y de tendencia literaria?

Revilla, el crítico en boga del momento, hizo el siguiente análisis del estado de espíritu con que leyó "Pascual López", la primer novela de nuestra autora: "El lector que conoce nuestra manera de pensar acerca de las mujeres sabias y literatas, comprenderá la invencible prevención con que habíamos de acoger esta novela, prevención que subió de punto al ver en la misma la lista de las obras de la autora, que son nada menos que un "Estudio crítico de las obras del padre Feijóo", un estudio sobre "Los poetas épicos cristianos" y un "Ensayo sobre el darwinismo"... Figurósenos, pues, que la escritora en cuestión sería semejante a cierta Mme. Clemencia Royer, que anda por esos mundos con un martillo de geólogo en la mano partiendo piedras y descubriendo dólmenes, que ha traducido el "Origen de las especies", de Darwin, y ha escrito ciertas elucubraciones darwinistas, con un alarde de crudeza materialista que no se permitiría el más barbado de los naturalistas, y sentimos (fuerza es decirlo) cierta instintiva repulsión hacia la autora de la novela" (4).

Pues en los "alardes de crudeza materialista" que sólo se permitían, en las letras, los "más barbados de los naturalistas", incurrió pronto la misma autora, atrayéndose la "repulsión instintiva" y durable de muchos de sus compatriotas.

Pocos años más tarde le decían a Zola que era una mujer, una escritora española, quien en la península defendía a la doctrina "naturalista", y el Maestro de Médan, exclamaba: "¡No es posible!".

Lo que no parecía posible al maestro francés, tomaba contornos de escándalo, por lo menos, en uno de los dos medios en que quería actuar doña Emilia: la alta sociedad.

Y aun en el otro, ¿qué protestas y censuras no han provocado escritos de la Pardo Bazán que hoy nos resultan anodinos o tolerables, en el peor de los casos?

De uno de los primeros cuentos publicados por ella, dijo don

(4) Prólogo a la tercera edición de "Pascual López", por Emilia Pardo Bazán, ps. 9-10.

Marcelino Menéndez y Pelayo, en carta a Valera, que no había leído nada más "brutal" en su vida.

Por unas líneas mal interpretadas de la misma autora, Pereda irrumpió contra ella en una réplica descomedida y descortés, que sorprende en persona de tanta envergadura moral.

El artículo de Pereda, publicado en "El Imparcial", fechado en "Santander, 17 de Febrero de 1891", se titula "Las Comezones de la Señora Pardo Bazán", y comienza así: "Una, cuando menos, que la consume y devora, padece la buena doña Emilia, de un tiempo acá: la comezón de meterse en todo, de entender de todo y de fallar en todo, como si el público no pudiera pasarse sin ella un solo día en las columnas de los periódicos y en la pompa de los grandes espectáculos. Es una enfermedad como otra cualquiera" (5).

Si así trataban a doña Emilia el crítico ponderado y respetuoso por excelencia y el hidalgo montañés, novelista moralizador y católico tradicionalista a macha martillo, ¿qué no harían los representantes de la crítica de rompe y rasga, que prevaleció en las guerrillas literarias de fines de siglo?

Veamos, por ejemplo, lo que dice de ella **Clarín**, el maestro del género: "Es una lástima que doña Emilia, ya que no quiera o no pueda consagrar a estas materias el estudio y la reflexión necesarios, insista en tratarlas tomando como substitutos del buen gusto, de la perspicacia y del juicio profundo, la ligereza, el barullo y la mala intención... Doña Emilia no ve lo ridículo fácilmente; pero aquí lo ridículo es de tanto bulto, que debe de verlo... ¡Así habla la autora de la **Cuestión Palpitante**, de ese libro que para el vulgo sirvió en España de Código del naturalismo; de ese libro que anda por ahí con un prólogo mío, del cual ya me arrepiento! Por cierto que doña Emilia apenas tenía derecho, en la nueva edición de su obra para reproducir mi prólogo, habiéndose ella colocado tan fuera del derecho de gentes en sus relaciones literarias conmigo" (6).

¿Qué podía haber hecho la pobre doña Emilia — y no damos al adjetivo el menor dejo desdeñoso — para colocarse "tan fuera del derecho de gentes en sus relaciones literarias"?

Basta rastrear los artículos y actitudes de la Pardo, comentados tan agriamente por Pereda y **Clarín**, para comprobar que el tono y las intenciones presumibles en ella son harto más respetuosos y menos aviesos que los evidenciados en las respuestas siempre descomedidas de sus contradictores.

No tan sólo no le valió a la Pardo Bazán el ser mujer y una dama, para merecer el respeto de sus adversarios intelectuales, sino que es fácil advertir que el sexo de la escritora es lo que más les irrita en el colega con el cual discuten.

(5) "El Imparcial", 20 de febrero de 1891.

(6) Clarín (Leopoldo Alas), Paliqne, ps. 127-130.

Todo ello, sin haber mencionado todavía caricaturas guasas, como ésta de Bonafoux: "Ni Cánovas paseando su yo altanero por los camarines de Palacio; ni León XIII exhibiendo el abanico de avestruz en la silla gestatoria, y a los atónitos ojos de la Emilia Pardo, esa nodriza del naturalismo... español, o sea vergonzante" (7).

¿Puede extrañarse, después de esto, que los libros de esta escritora abunden en quejas y protestas sobre la descortesía y las injusticias de que es objeto?

Su estado de espíritu definitivo nos parece fijado desde la "Advertencia" puesta al frente de "Mi Romería", en 1888: "Sospecho que a "El Imparcial" le habrá costado más de un disgusto el acto tan sencillo e indiferente de publicar las notas de su corresponsal y **reporter**, y sé de fijo que a mí se me ha de tomar a mal por tiritos y troyanos el reflejo de mis impresiones venecianas en este libro. Sea lo que Dios disponga, que al fin y al cabo el público se va hacia los que se le entregan sin reserva ni artificio y le dan en comunión el pan de la verdad, quier dulce o quier amargo" (8).

Esa fué la compensación de doña Emilia Pardo Bazán: el público le tributó, y seguirá tributándole, sin duda alguna, la justicia que le regatearon los contemporáneos.

Resulta curioso advertir — en la perspectiva distante, en que nos hallamos — cómo la actitud esencial de esta gran escritora española bastaba para desarmar las prevenciones latentes de sus opositores.

Pudo ella tener, como todo autor, sus fallas y sus pequñeces. A la grosería "tabernaria" del medio — el calificativo no es nuestro, — alcanzó, quizás, en ocasiones, a responder con alfilerazos. Su cultura, como la de esa Mme. de Staël, a la que no poco se parece, fué harto más a menudo de segunda o tercera mano, que de primer agua. Como todo escritor, por grande que sea, tuvo también ella sus limitaciones, y descolló más en el cuento que en la novela, en el artículo, que en el ensayo erudito.

Peró el reproche íntimo de sus adversarios con alguna categoría intelectual, fué aquel, cuya fórmula acerada se atribuye a D. Jacinto Benavente: "como ciertos trenes, doña Emilia descarrila por no entrar en agujas".

Es decir, que el gran defecto de la escritora consistió en no resignarse a continuar siendo mujer de su casa, ajena a preocupaciones y labores literarias.

De no haber mediado una vocación imperiosa, la Pardo Bazán no habría comenzado a escribir o muy pronto se habría desanimado de hacerlo. Ningún escritor de su jerarquía intelectual ha recibido en la España contemporánea mayores desaires.

(7) Bonafoux, *Huellas Literarias*, p. 393.

(8) *Mi Romería*.

Hasta el mismo "ático" don Juan Valera satirizó, sin exceso de elegancia ni ápice de justicia, la más legítima de las aspiraciones de doña Emilia: la de entrar a la Academia Española.

La opinión de D. Emilio Cotarelo sobre dicha candidatura muestra a las claras el concepto prevaleciente, aun en los medios cultos españoles, sobre las mujeres escritoras.

— "Pero, hombre — le argumentaban, — hay nombres femeninos dignos del sillón: Fernán Caballero... , doña Emilia Pardo Bazán... "

— "No, no. Aunque naciera una Miguel de Cervantes.

— "Entonces, por usted, ¿no entrarán jamás mujeres en la Academia?"

— "¡Sí, acaso... las de la limpieza!" (9).

¿Conocía, don Emilio Cotarelo, secretario perpetuo de la docta corporación, entre las nóminas de académicos de cualquier época, alguna que no hubiera sido enriquecida y prestigiada por el nombre de doña Emilia Pardo Bazán?

Sería, sin embargo, injusto suponer que sólo por su sexo levantaba doña Emilia resistencias. Las encontraba también, por los mismos motivos que las hubiera encontrado cualquier hombre dotado de igual energía y talento.

En sus interesantes "Tipos de Café", cuenta Eduardo Zamacois la inquina de los más de los parroquianos de ciertas "peñas" contra la escritora: "Hubo una época en que a doña Emilia Pardo Bazán la llamábamos "la inevitable", quizás con unas miajas de envidia... Doña Emilia colaboraba a diario en varios periódicos, y no había revista que no llevase en su primer número un artículo suyo; publicaba novelas, libros de viajes, traducciones, crónicas, cuentos y trabajos de crítica; no se daba el caso de que sin su asistencia se descubriese ninguna estatua ni se colocase una "primera piedra"; daba conferencias, apadrinaba bodas, concurría a todos los estrenos, a todos los saraos aristocráticos, y cuando fallecía algún personaje, en el cortejo fúnebre su maciza silueta no faltaba jamás. También hubo tiempo de escribir para el teatro, de fundar un "magazine", y de hacerse maurista. Doña Emilia era ubicua; su prosa y sus retratos nos asediaban; a la fuerza la leíamos y la veíamos y por eso, razonablemente, dimos en apodararla "la inevitable" (10).

Las "miajas" de envidia que confiesa Zamacois, eran panes de un kilo en infinidad de otros "colegas".

En esa república de las letras, que nunca fué dechado de buenos modales, ni de buena fe — como fundada en la contradicción de que se crean iguales los que menos lo son, y de que, más que en ninguna parte, nadie admita la igualdad, excepto con los que le son superiores (Becque) — le tocó a la Pardo Bazán hacer la expe-

(9) "Ahora", de Madrid, "Croniquilla", 29 de enero de 1936.

(10) Zamacois, Tipos de Café, en "Ahora" de Madrid, I-XII-1935.

riencia ingrata y precoz de la mujer que trabaja en competencia con hombres.

Cuando sólo se las encontraba, habitual y decorosamente, en iglesias, saraos y paseos, los hombres se inclinaban ante las mujeres de igual condición, les ofrecían el agua bendita y les cedían la pared. Ahora, que se las halla en procura de las mismas situaciones y dentro de los mismos medios de locomoción, se las trata como sabemos.

Periodistas, novelistas, cuentistas y dramaturgos veían siempre ante sí "la silueta maciza" de nuestra escritora, y terminaban por considerarla obstruyente e irritante. Tanto más, cuanto que entonces la situación era casi totalmente nueva, y que todo hubiera parecido arreglarse con tal de que Doña Emilia "entrara en agujas".

Si no se avino a ello, es porque su vocación por las letras era auténtica y porque pensaba con razón que "al fin y al cabo el público se va hacia los que se le entregan sin reserva ni artificio y le dan en comunión el pan de la verdad".

Porque lo creía y sentía así, pudo doña Emilia superar los momentos inevitables de desaliento y de repugnancia que no le faltan a ningún espíritu superior.

¿No es el destino forzoso de los que valen algo encontrar habitualmente ante sí quienes se les muestren rencorosamente inferiores?

**José A. Oría.**